

El rey le respondió:

—Os recomendé guardarais el secreto, no lo hicisteis, y ya no estoy obligado.

—Tampoco yo lo estoy, replicó Lauzun, porque no podría servir por mas tiempo á un príncipe que falta tan villanamente á su palabra.

Diciendo esto, sacó su espada y quebró la hoja con el pié.

El rey, indignado, alzó su baston; pero conteniéndose, lo echó por la ventana diciendo que no quería tener el sentimiento de haber pegado á un caballero.

Al día siguiente, Lauzun estaba en la Bastilla.

Pero el rey le amaba demasiado para dejarle allí por mucho tiempo, y para calmarle, le hizo ofrecer el cargo de gentil-hombre de cámara.

Lauzun, viendo que repentinamente volvía á favorecerle la fortuna, tuvo la audacia de rehursar, á fin de obtener mas.

El rey insistió, y el altivo gascon acabó por aceptar, *con el objeto*, dijo, *de no afligir mas tiempo á S. M.*

No debía limitarse á eso la fortuna de este personage singular.

Aunque dotado de pocos atractivos personales, emprendió hacerse amar de la señorita de Montpensier, hija de Gaston de Orleans, é inmensamente rica; y lo logró tan bien, que la señorita, enamorada locamente, pidió y obtuvo del rey el permiso de casarse con el duque.

Por el contrato que se hizo, la señorita dió á su futuro marido, tres ducados y el condado de Eu, que era la primera pairia de Francia, estimados, reunidos, en veintidos millones.

Todo parecia terminado; pero Lauzun tuvo la desgracia de emplear ocho dias en hacer sus preparativos, á fin de aparecer en la ceremonia con todo el lujo de un príncipe, y miéntras tanto, sus enemigos lograron hacer que el rey cambiara de sentimientos.

Desesperado Lauzun, se dirigió á Mad. de Montespan, querida del rey, quien prometió servirle, é hizo todo lo contrario.

El audaz gascon, sospechando la traicion, logró ocultarse debajo de la cama de esa señora, un día que debía recibir al rey, y adquirió la certidumbre de que se le burlaba.

Apénas salió el rey, cuando Lauzun salió de su escondite y estalló en reproches.

La señora de Montespan corrió á quejarse al rey.

Lauzun fué arrestado, conducido á la Bastilla, luego llevado al Torreón de Vincennes, y de allí á la ciudadela de Pignerol, donde hacia muchos años que estaba el ex-superintendente Fouquet, quien creyó que Lauzun era loco, cuando éste á quien habia conocido tan pobre en casa del mariscal de Gramont, le refirió que habia sido general de dragones, capitan de los guardias, general del ejército, prometido de la señorita de Montpensier, quien entonces tenia algo mas de cuarenta y cinco años.

En fin, Lauzun salió de la prision, volvió á Paris, y se concluyó este casamiento; pero esta union no fué feliz. Lauzun tenia queridas, y la señorita era horriblemente zelosa; mas de una vez se ecsaltó hasta el grado de dejar señales de sus uñas en el rostro del infiel.

Al principio Lauzun se dejó golpear; pero pronto habló como señor, luego como tirano.

Un día que volvía de caza, dijo á su zelosísima muger, que le reñía como de costumbre:

—Vamos, nieta de Enrique IV, callaos, y sacadme las botas.

Desde entónces la vida comun se hizo insoportable, y los esposos se separaron.

El negocio de los *venenos* hizo enviar un gran número de presos al Torreón de Vincennes; pero habiendo sido casi todos puestos primero en la Bastilla, ó habiendo sido llevados á ella en seguida, vea el lector por lo que les conviene nuestra *Historia de la Bastilla*, de la que esta del Torreón de Vincennes, no es mas que una especie de complemento.

Un poco mas tarde, hubo en las prisiones de Vincennes muchos pretendidos brujos y brujas, de quienes hablaremos inmediatamente; pero uno de los mas singulares personages que en esa época fueron encerrados en él, era un tal Dupuis, sobre nombrado la *Pluma de oro*, á causa de su hermosa letra.

Siendo empleado en las oficinas del ministro Chamillard, habia trabado conocimiento con un abad, alegre vividor, y que usaba un tren de gran señor, aunque no tenia fortuna conocida.

Se acabó por descubrir que ese honrado abad era simplemente un hábil falsario que sacaba del tesoro real todo el dinero que queria, falsificando las órdenes del rey, su firma y las firmas de los ministros.

Habiendo sabido el abad que todo se habia descubierto, se fugó y no pudo ser cogido.

Entónces se echaron sobre Dupuis, á quien se acusó de complicidad, espresamente á causa de su talento caligráfico que le permitia imitar con la pluma la impresion, el grabado &c., y fué llevado al Torreón de Vincennes.

Era un mancebo de buen humor y de mucha inteligencia.

Una sola cosa le afligia en su prision; estar solo. Conociendo que se quejaria inútilmente de esa soledad, buscó los medios de hacerla cesar sin el socorro de nadie. Al principio tuvo el buen talento de hacerse amar de los guardias.

Les enseñaba canciones, les daba de su vino, les referia anécdotas é historias para hacerles reventar de risa.

Se le daba vela, lo mismo que á los demas presos; pidió bugía, pretendiendo que el olor de la vela le hacia toser; y como podía pagarla, se le dió.

Entónces procuró hacer la cera muy blanda, y cuando lo logró, tuvo la destreza, jugando con los guardias, de tomar la marca de casi todas las llaves que pendian de sus cinturas.

De esto, á la fabricacion de llaves falsas que pudieran permitirle visitar á sus compañeros de infortunio, habia aún mucha distancia.

Dupuis no se desanimó.

A los presos se les daba de comer en vajilla de estaño, los cubiertos eran del mismo metal, porque el reglamento no permitía que un preso tocara ni fierro ni plata, de miedo de que con eso se hiciese una arma.

Dupuis logró un día esconder una cuchara, despues un tenedor; otra vez hizo desaparecer un plato, y al cabo de algun tiempo, se apoderó de un platon.

Entonces, tamizó las cenizas de su chimenea, pasándolas por un papel lleno de agujeros hechos con alfiler.

De esa ceniza hizo un molde igual á una de las marcas que habia tomado, en seguida fundió el estaño, lo coló en el molde, y de este modo obtuvo una llave, cuyas asperidades quitó frotándola contra el piso.

Con una viva emocion fué el ingenioso cautivo á ensayar esa llave que hizo por la marca de la de su cuarto, y seria difícil decir la alegría que sintió cuando vió que entraba perfectamente en la cerradura.....

Pero ay! esta alegría fué corta. Al volver la llave, sintió que se doblaba, y se apresuró á sacarla, de miedo de que quebrándose dejara en la chapa las pruebas irrecusables de su tentativa.

Tratábase, pues, de hallar un medio de endurecer el estaño, y Dupuis lo encontró. Qué medio fué, no se supo jamas; pero en lo que no cabe duda, y que consta por muchos procesos verbales, es, que las llaves que fabricó nuestro preso desde ese momento, tenían la dureza del fierro.

Ya tenemos á Dupuis con libertad para reconocer todo el Torreon, porque cuando llegaba la noche, y ya estaban cerradas las puertas y las rejas, no habia centinelas mas que afuera, y los llaveros de guardia estaban en los portillos.

Con sus llaves en una mano y con una luz en la otra, latiéndole el corazon hasta romperle el pecho, Dupuis abre una puerta: la llave es perfecta.

Tiene otras dos, porque su provision de estaño no le habia permitido hacer mas; pero qué puertas abren? Dupuis las ensayó sin éxito en ninguna cerradura. Al fin, halló una en la que entró una de las llaves; da la vuelta con precaucion y la puerta se abrió.

—Qué me quieren á esta hora?—dijo una voz de hombre cuyo timbre anunciaba el temor.

—No temais nada,—respondió Dupuis,—no quiero haceros mal, y solo consistirá en vos que se minoren nuestras desgracias.

—Quién sois?

—Uno de vuestros compañeros de infortunio. He hallado medio de abrir mi puerta y la vuestra, y bien pronto espero abrirlas todas; pero necesito un compañero, un amigo que me secunde....

—Será alguna traicion?....

—Sois desconfiado: tanto mejor. Escuchad, os contaré mi historia.

Entonces Dupuis refirió al desconocido la causa de su prision, y el modo con que habia logrado fabricar sus llaves.

—Ahora,—dijo en seguida,—si alguno de nosotros debiera temer la traicion, sin duda seria yo, porque vos podeis destruir todo el fruto de mis trabajos; pero no lo haréis, seais quien fuéreis, porque no teneis nada que ganar en ello, y sí mucho que perder.

—Sois brujo para haber podido fabricar esos instrumentos, estando en la prision?

—Brujo!—replicó Dupuis riendo.

—Es preciso que crea yo en ellos, puesto que me acusan de serlo, y que por eso me tienen preso. Pero si no soy brujo, no por eso es ménos verdad que los sortilegios son los que me han perdido.....Os reis? No os reirias si os hubiera sucedido cosa igual. Me habeis referido vuestra historia; escuchad, pues, la mia.

“ Soy holandés, me llamo el conde de Bréderode.

“ Hacia dos años que viajaba por gusto; hacia seis meses que estaba en Paris, y un día atravesaba yo la plaza de Grève, cuando un fraile, posesor de un buen priorato, á quien hacia tiempo que conocia, me llamó desde una taberna donde se regalaba en union de otro hombre.

“ Despues de haberme obligado á beber con ellos, me dijo que queria hacer mi fortuna, y me preguntó si tendria yo miedo al diablo.

“ Añadió que debia sacar un tesoro oculto en una caverna situada en Arcueil; que todo estaba preparado para que la cosa saliera bien, y que en la misma noche me convenceria de ello, si me atrevia presenciarlo; y que dividiria con ellos las inmensas sumas que componian ese tesoro.

“ Quise dar al negocio el giro de una broma.

—“ Hace mucho tiempo,—le respondí,—que he oido asegurar que ecsiste un tesoro en la caverna de Arcueil; pero no puedo comprender cómo y por qué el diablo tomara posesion en él, y aún ménos como, despues de haber tomado posesion de él, fuera bastante tonto para entregarlo á la órden de un sacerdote ó de un mágico. Doy tan poca fé á todos esos cuentos populares, que os veria hacer todos los exorcismos sin la menor emocion.

—“ Mi querido conde,—continuó el prior,—venid únicamente con nosotros, sed firme y resuelto, y ya no dudareis de la ecsistencia de esas cosas sobrenaturales.

—“ Quiénes son el sacerdote y el mágico,—repliqué,—que deben hacer las evocaciones?

—“ Yo,—dijo el prior,—y en cuanto al mágico, os sorprenderá ciertamente en cuanto lo conozcais: dentro de una hora debe estar aquí.

“ En efecto, ántes que pasara la hora, ví entrar muchas personas acompañadas de una jóven.

“ El buen prior respondió de mí á la asamblea; y presentándome á la jóven, me dijo que viera en ella al terrible nigromante.

« Esclamé que me inspiraba mas bien amor que espanto.

—« Sin embargo,—me dijo,—hace temblar al diablo, y lo vais á ver con vuestros propios ojos.

« Rogué á la bella encantadora que me dijera quién la habia instruido en el arte mágico.

—« Esta ciencia,—me dijo,—nos viene de padres á hijos: mi padre era el mágico mas hábil de las Landes, cerca de Burdeos; cien veces hizo bajar la luna y el sol, aunque no era mas que un simple pastor.

« No pude dejar de reir de esa extravagancia.

« Cenamos alegremente.

« Despues de la comida, se trageron coches simones, y partimos para volar á la fortuna.

« Llegamos á Arcueil; un jardinero nos abrió el asilo misterioso, y nos condujo á la cueva de la sibila.

« Era una oscura caverna. La recorri toda entera, en sus mas oscuros rincones, con una bugía en una mano y con mi espada en la otra, miéntras que la jóven bruja se desnudaba. Entró en ella con una luz de resina, pinta de negro y llevando su libro de conjuros abierto.

« Un hombre de la reunion y yo, permanecimos en la entrada de la gruta, y el resto de la caravana recibió orden de mantenerse á cierta distancia.

« Un momento despues, ví á la jóven mágica, que hablaba á álguien con tono imperativo.

—« Muchas veces has faltado á tu promesa,—decia;—quiero, entiendes? mando que al instante me entregues el tesoro.

—«Esta noche no podrás temer mi resistencia,—respondió el pretendido diablo,—no me importunes mas; te acompaña mucha gente; y si al sacerdote tu compañero ú otro se le antoja infringir la ley que impongo, juro ahorcarle en tu presencia.

—«Yo sabré impedirte,—replicó la jóven.

—«Pues bien! tiembla por tí misma,—dijo el misterioso desconocido.

«A estas palabras, oimos que la maltrataba.

«Quise correr á socorrerla.

«El hombre que estaba conmigo me lo impidió, diciéndome que me perdía si daba un solo paso.

«En este momento llegó delante de nosotros, con los ojos azorados, lastimados y llenos de sangre; pero sin lanzar ni un gemido, ni un supiro, y muy resuelta á ser mas feliz en otra tentativa.

«Volvimos á subir á los coches, y nos citamos para el tercer dia. En el momento preciso señalado para nuestra partida, á la luz de la luna llena, fuimos á un parque que pertenecia á una de las personas de la reunion. Despues de que nuestra jóven y bella mágica hubo hecho jurar al propietario que en el parque no habia nadie mas que nosotros, nos apostó á diversas distancias, describiendo

circulos mágicos en nuestro derredor, é intimándonos la prohibicion espresa de dejar nuestros puestos.

«Eran algunos minutos despues de media noche.

«Púsose en medio de los otros encima de un ataud elevado, se la peinó dejando caer sus largos cabellos, y acabó por desnudarse completamente.

«Entónces abrió su libro de conjuros, y pronunció palabras bárbaras, agitándose de una manera espantosa.

«No contenta con esos encantos, se abrió una vena del brazo izquierdo, escribió con su sangre algunas líneas en una hoja de encina, y la lanzó en el aire, ahullando tres veces.

«De repente vimos aparecer en las nubes seis caballeros vestidos de rojo, de verde, de azul y de negro, quienes vinieron á dar vueltas al derredor de su cabeza; y entónces, elevándose hasta ellos, la jóven desapareció bien pronto á nuestras miradas asombradas.

«Ya comenzaba á impacientarnos su larga ausencia, cuando el prior nos gritó con una voz fuerte, que so pena de la vida, permaneciéramos en nuestros puestos.

« En fin, volvimos á ver á los mismos caballeros cerniéndose en los aires, y un torbellino trajo al mismo tiempo á la jóven bruja, quien cayó en el lugar de donde habia partido, llamándonos fuertemente á su socorro.

« Corrimos á ella, y la hallamos en un estado espantoso.

«Su cuerpo estaba negro, desgarrado, con los ojos casi fuera de sus órbitas.

« Fué preciso llevarla á una pequeña casa del parque, donde permaneció muchos dias entre la vida y la muerte.

« Este extraordinario incidente, no impidió que el prior me asegurase, confidencialmente, que el diablo habia dado su palabra de que entregaria el tesoro en la prócsima nueva luna.

« Pero el ruido de nuestras expediciones nocturnas y mágicas, corrió, no sé como, y fuí arrestado de orden del rey cuando comenzaba á creer que los espíritus subterráneos me guardaban montones de oro y de diamantes.”

—Y ahora, qué decis de eso?

—Digo, querido conde,—respondió Dupuis, quien creía habérselas con un loco,—que este momento seria mal escogido para discutir sobre el mérito, ó la mas ó ménos realidad de esas cosas. Así como me veis, creo mucho en el poder de los hombres, y muy poco en el del diablo.

—Y qué pensais de los brujos?

—Ni bien, ni mal.

—Sin embargo, es preciso que sepais á qué ateneros respectó de ellos, porque si no sois brujo, cómo habeis entrado aqui?

—Por medio de un proceder muy sencillo que os haré conocer dentro de algunos dias.

—Es decir, que no sois brujo?

—Tanto como vos.

—Eh! eh! Yo no estoy seguro de serlo ni poco; pero sin contarme entre ellos, aquí hay algunos de primer orden, y con los que quisiera yo que trabáseis conocimiento.

—Ah! Conque hay brujos en el torreón?

—Ciertamente; en primer lugar, está esa jóven que se llama Mariana, á quien con mis ojos he visto luchar con el diablo; en seguida, están el marqués y la marquesa Baldonnière, quienes fueron sorprendidos en su palacio, en flagrante delito de alquimia.

—Ah! Acaso harán otro?

—Al contrario; se arruinaban haciendo esperiencias de toda clase.... Tambien está aquí Mad. Guyon, quien afirma haberse casado con Jesucristo, y quien pasa su tiempo en rimar y cantar.....Oid.....escuchadla.....ya comienza.....ó acaba.

Dupuis ovó y escuchò distintamente esta estrofa, que cantaba con una voz sonora, aquella loca deificada por los quietistas:

L'amour pur et parfait va plus loin qu'on ne pense;
On ne sait pas, lorsqu'il commence
Tout ce qu'il doit coûter un jour:
Mon cœur n'aurait connu Vincennes ni souffrance
S'il n'eût connu le pur amour.

—A fé mia, mi querido conde,—dijo Dupuis cuando la voz acabó de oirse,—os confieso que me daría envidia creer en los brujos, porque si, como dicen, no lo sois algo, cómo sabriais quiénes son las gentes alojadas encima y abajo de nosotros, á pesar de las precauciones tomadas para que nadie aquí pueda verse ni escribirse?

—Eso, mi querido señor, consiste en mi particular organizacion; teneis un oido extraordinariamente fino, acabo de conocerlo; pues bien, yo tengo ojos de lince, de manera que, cuando llegué aquí, miétras que hojeaban el libro de registro para asentarme, pude leer en él y conservar en la memoria buena parte de la lista. Ademas, al principio tuve la felicidad de que me guardara un hombre honrado, un buen padre de familia, que habia aceptado este empleo para alimentar á sus hijos; el buen hombre me habia tomado cariño, y me decia con gusto lo que yo queria saber. Pero un dia, hace dos meses, le sorprendió el mayor platicando conmigo, y le mandó que le siguiera. Pocos instantes despues, oímos gritos espantosos, y desde entónces no he vuelto á ver al desgraciado. Los infames le habrán matado!

—Oh! eso es espantoso!—dijo Dupuis,—decididamente no podemos permanecer aquí!

—Habriais hallado medio de salir?

—Tal vez. Escuchadme, señor conde: preso como estoy, he hallado medio de penetrar en vuestro cuarto; ya esto es un principio.

—Esto es un prodigio, señor!

—Pues bien! Os prometo otros prodigios mucho mas superiores que este, si es que quereis ayudarme.

—Como brujo?

—No, como hombre inteligente.

—Qué debo hacer? Estoy pronto; en mi presente posicion, el menor cambio no puede ser mas que un bien.

—Dios mío! Eso es muy sencillo: se trataria de robar un paso al señor gobernador.

—Robar!....De hecho, segun eso, estamos en pais enemigo, y en este caso, es legitima toda contribucion forzada. Véamos; cómo robarémos?

—Probablemente, lo mismo que á mí, os sirven de comer en vajilla de estaño.

—Todo es de estaño; platos, platonos, tenedores, &c.

—Pues bien! Se trata de robarse de cuando en cuando un plato, un cubierto, como yo lo he hecho, y como lo haré todavia, de manera que tengamos bastante estaño para fabricar todas las llaves del Torreón, como ya he fabricado algunas, mirádlas. Entonces podrémos reunirnos durante la noche, concertarnos, formar un plan y partir.

—Sí, comprendo; soy vuestro en cuerpo y alma.... Pero me prometéis volver?... Ah! qué bueno es ver y oír á una criatura humana!.... Si no volviera á veros, creo que moriria!.....

—Contad conmigo para la próxima noche. He notado que durante la noche, estamos absolutamente solos en el interior.

—Enteramente solos; no hay centinela mas que en el exterior, y los llaveros, en cuanto dan de cenar á los presos, se retiran al segundo portillo. En fin, las rondas no se hacen sino en el exterior.

—Muy bien; nos aprovecharémos de eso.... Pero os recomiendo el estaño del gobernador.

Así hablaron hasta el amanecer; porque tambien Dupuis conocia que era dulce ver y oír á una criatura humana; y en fin, se separaron llenos de esperanza y de alegría.

—Ese mismo dia, Dupuis se tomó un platon y una cuchara; el conde de Brèderode se apoderó de un plato y de una cuchara; en la noche, los nuevos amigos se reunieron y trabajaron juntos en la fabricacion de las llaves, y en ocho dias pudieron abrir todas las puertas interiores del Torreón.

—Ahora,—dijo Dupuis,—vamos á comenzar nuestras visitas. He notado en el piso bajo, y debajo de la escalera, una pequeña puerta baja; la marca de la chapa que tiene es una de las primeras que tomé; veamos á donde conduce esa puerta.